



REVIVENCIAS



Eran las postrimerías del otoño de 1936. Apaciguada ya la furibunda revanchista en lo político y la iconoclasta en lo religioso, con los muertos en la memoria dolorida de sus deudos y las imágenes de los santos en lo que parecía historia del pasado, incluso con las iglesias transformadas en garajes, la vida en Santa Cruz se resintió al tener que adaptarse a nuevas circunstancias, no siempre deseables. Porque la guerra se hacía sentir en todos los órdenes, empezando porque arrancaba al pueblo sus hijos más aptos para el trabajo, con el consiguiente quebranto la producción y, por ende, en la economía local.

En el ambiente flotaba una atmósfera sombría, de duelo, duda y recelo velado pero latente y mútuo. Puede afirmarse que el odio y el temor eran comunes y recíprocos en el espíritu de la gente, incluso entre allegados. Hay que tener presente que los dos sentimientos más intransigentes que suelen dominarnos son el político y el religioso y que en unos estaban exacerbados y en otros reprimidos.

El frente más próximo era el del Jarama, y hacía llegar a Santa Cruz su influjo de varios modos. Con frecuencia se desplazaban al pueblo oficiales y soldados de intendencia para recabar víveres con que avituallar a la

tropa. Solían emplear procedimientos un tanto arbitrarios y dar vales que nada valían, pues casi nunca podían hacerse efectivos. Algo semejante sucedía con los encargados de la intendencia de los pilotos rusos y la tropa del servicio de aviación aposentados en el pueblo.

Pero de lo que hoy deseo tratar de forma especial es de cierto particular, en alguna medida insólito, que sin duda recordarán muchos santacruceños si cuentan setenta años o más.

Digo que por noviembre sería cuando empezaron a ser sacrificadas, en el matadero municipal, caballerías, por lo general mulas con tantos años como mataduras y tan carentes de fuerzas como de sebo. Las traían de otros pueblos manchegos. También llegaban algunos caballos igualmente viejos y maltrechos. Burros no recuerdo haber visto ninguno.

Mataban entre diez y doce diarias, y cargadas en camiones, eran llevadas al frente del Jarama, como suministro para las tropas. Los despojos, formados por cabezas, patas y mondongos, los arrojaban en los basureros de las Eras Blancas y las de San Antón. Como esta carroña quedaba sin enterrar, se descomponía y la pestilencia consiguiente se extendía hasta varias kilómetros en la direc-

ción que el capricho del aire dispusiera. Los únicos que obtenían provecho de esta situación eran los perros del lugar, que andaban, con hartazgo cotidiano, lustrosos y malolientes.

Si no recuerdo mal, entre enero y febrero del 38, varios carniceros de Santa Cruz, entre ellos el tío Pepe Raboso, con sus hijos Manolo y Quintín, así como el Morenito y Pichaldo, trajeron de los Montes de Toledo una partida de cabras, cuya descomunal cornamenta nos dejaba asombrados y perplejos a los muchachos. Acaso fueran ejemplares de la cabra hispánica, porque de cualquier tipo de la cabra común aseguro que no.

Por aquel tiempo yo frecuentaba a diario el matadero y conocí a gente muy diversa. Cierta sargento de intendencia catalán se hacía notar sobremanera por su vozarrón y sus reniegos. Para éstos usaba su lengua nativa, pero yo le oí un día decir en castellano: ¡Y encima tenemos que aguantar a los mandamases aprovechados, que hablan mucho, zampan más y nunca hacen nada de provecho!. A mí me regaló una chapa con el escudo de Cataluña y la palabra "Catalunya". A los pocos días lo cambié por bolas para jugar al guá.

También conocí a varios internacionales. Casi todos eran conductores.

De aquella inquieta época quedan aún muchos recuerdos dignos de ser evocados, y lo serán en el futuro si no faltan tiempo, oportunidad y ganas.

**Jerónimo Gregorio
Navarro Cámara**



Pensamiento para un EX LIBRIS

*Para aprender, no es preciso
ir a la Universidad;
la suple un reto conciso:
LIBROS, TIEMPO Y
VOLUNTAD.*